

Los valores estéticos en la filosofía aristotélica

LUIS FARRÉ

Universidad Nacional de Tucumán

Es posible formarnos una idea del pensamiento estético de Aristóteles, estudiando los escasos textos en que menciona la belleza y encuadrándolos en el conjunto de su sistema. Desliza opiniones sobre lo bello en la *Metafísica*, en la *Ética* y en el tratado *Sobre la Poesía*. Establece, con bastante precisión, conceptos sobre qué es lo estético. Por de pronto, es diferente del bien, contrariamente a lo que opinaba Platón. "Pues que el bien y la belleza son diferentes (porque el primero lleva consigo siempre la conducta como objeto, mientras que la belleza se halla también en las cosas inmóviles). Aquellos que dicen que las ciencias matemáticas nada dicen sobre la belleza o el bien, sufren error. Porque estas ciencias afirman y prueban muchas cosas sobre ellos; y si no los mencionan expresamente, sino que prueban atributos que son sus resultados o definiciones, no es cierto afirmar que nada nos dicen sobre ellos. *Las principales formas de la belleza son el orden, la simetría y la precisión*, cosa que las ciencias matemáticas demuestran en grado especial. Y, puesto que éstos (el orden y la precisión) son claramente causa de muchas cosas, es evidente que esas ciencias deben considerar esta especie de principio causal (es decir, la belleza) también como causa en algún sentido"¹. El bien como tal estimula a la acción; aunque se basa en la esencia metafísica de las cosas, es sólo bien en cuanto se relaciona con una voluntad. El bien se refiere a la practicidad, como algo que se ofrece en concepto de fin². La belleza, en cambio, puede existir también en lo inmóvil, aparte de toda avidez y deseo. Se nota, por de pronto, que el filósofo griego es contrario a todas aquellas definiciones, tan comunes en nues-

¹ *Metafísica*, XII, 3, 1078 a-b.

² *Ética Nicomaquea*, I, 1, 1094; I, 8, 1098.

tros días, que buscan el origen y la explicación de lo bello en una necesaria relación con un sujeto: en el sentimiento o en la pasión individuales¹. Lo estético aristotélico se afirma en la esencia de las cosas.

Ha señalado tres indicios constitutivos de la belleza: el orden, la simetría y la precisión. En la *Poética* apunta directamente a la precisión, que enseña a huir por igual, “no menos de una pequeñez excesiva que de un grandor desmesurado”². En este pasaje, sin embargo, parece que Aristóteles ha querido solamente reflejar lo externo del problema: manifestar en qué medida las nociones de las matemáticas, ciencia suprema en el agudo intelectualismo aristotélico, ejercen su influencia en las ciencias prácticas y en las meramente especulativas, como lo sería, al parecer de Aristóteles, la estética. Orden, simetría y precisión son la faz externa de algo que se encuentra adornado y realzado. El arte debe expresarse en tal forma y de acuerdo con las tres condiciones expuestas; pero, ¿qué es lo que debe expresar?

El arte aspira a imitar la naturaleza. Su esencia consistiría en la imitación (μίμησις)³. El valor estético sobreviene a las cosas en cuanto éstas imitan con fidelidad. Naturalmente que tal imitación no puede ser vulgar ni trivial. El artista, el creador de belleza, es preciso que se remonte más allá de las contingencias y singularidades que achican el esplendor del original. Aconseja a los poetas que tomen por modelo a los buenos pintores, quienes hacen a los hombres semejantes y, al mismo tiempo, los embellecen⁴. Estaba de acuerdo con los propósitos de Sófocles, quien decía: “Yo represento a los hombres como deben ser, Eurípides como son”. Y a un crítico que condenaba a Zeuxis el que pintara a los hombres como no son en la realidad, replicaba: “Sin embargo, esto es mejor así, pues el ideal debe sobrepasar la rea-

¹ Baumgarten dió el nombre de *Estética* a las teorías sobre lo bello, adaptando el sustantivo αἰσθησις, cuyo significado equivale a percepción por medio de los sentidos. Con tal denominación se tomó partido por el aspecto subjetivo o relativista en la mayoría de las doctrinas que, desde entonces, se han expuesto sobre lo bello. No creo, con todo, que se pueda considerar a Baumgarten como relativista. Atribuye a la belleza cualidades objetivas, independientes del individuo gozador u observador. Véase las consideraciones que sobre el carácter de lo estético hace en su obra *Aesthetica*, reedición de 1936; mi artículo *Modernidad del pensamiento estético de Baumgarten en La Nación*, mayo de 1948.

² *Poética*, VII, 1451 a.

³ *Poética*, IV, 1448 b, 30.

⁴ *Poética*, XV, 1454 b, 9. Gomperz dice de esta posición aristotélica: “Este punto de vista estaba dictado por las dos facultades maestras del genio helénico: el doble don de ver las cosas con una claridad maravillosa y el de representarlas con la más perfecta objetividad”. *Les penseurs de la Grèce*, traducido del alemán por Augusto Raymond, Paris, 1910, III, pág. 447.

lidad”¹. Tanto más valiosa será, por lo tanto, una obra de arte y reflejará con más perfección la naturaleza, en cuanto prefiera lo mejor, lo más noble, el ideal. El sublime valor estético es la naturaleza en lo que ésta contiene de más elevado.

Verdad y belleza

La belleza, opina Aristóteles, dota de resplandor a la verdad. Es el brillo que ésta derrama en nuestros sentidos, especialmente la vista, y en el entendimiento, por encima y más allá de las particularidades y manifestaciones concretas. Como ejemplar entre los poetas que mejor supieron reflejar la verdad-belleza citaba a Homero. Sus héroes y personajes son modelos ideales, aunque se designen con nombres particulares, pues en el conjunto de la epopeya en alguna forma conviene distinguirlos². Análogas ideas encontramos en la *República* de Platón, aunque éste, en su concepto de verdad-belleza, tenía en vista el εἶδος, sustantivado, más allá de las cosas que se nos aparecen a la experiencia inmediata³. La belleza no puede limitarse a expresar singularidades, movimientos actuales, lo pasajero momentáneo. Su expresividad, para que trascienda el espacio y el tiempo, es necesario que sea impersonal. El artista debe olvidarse de su contingencia temporal, para convertirse en espejo que refleje la verdad-belleza imperecedera y eterna. No confundamos tales afirmaciones con las de Platón: esta verdad no es algo subsistente más allá de lo que aparece al alcance de los sentidos; es un concepto que nos formamos de los seres, despojándolos de todo lo que pueda impedir el resplandor de su íntima esencia. Refiriéndose al poeta, dice: “Debe hablar lo menos posible en su propio nombre, pues en la medida en que lo haga ya deja de ser un imitador”⁴. La mimesis debe, pues, acercarnos al ideal.

Los antiguos, especialmente los griegos, expresaban y sentían el arte de un modo mucho más objetivo que nosotros. El Estagirita estudia la epopeya, la comedia y, especialmente, la tragedia, a la que

¹ *Poética*, XXV, 1460 b, 33; XXIV, 1460 a, 5.

² *Poética*, XXIV, 1560 a, 5.

³ *República*, III, 392 d.

⁴ *Poética*, XXIV, 1560 a, 5. Con razón ha podido decir Augusto Rostagni: “Lo posible o universal de la poesía se confunde para él (Aristóteles), como una sola e indefinida cosa, con el universal o sustrato de la ciencia: es absurdo imaginar que pueda o no confundirlo, puesto que jamás ha separado el intelecto de la imaginación”. *La Poetica di Aristotele*, Turin, 1927, LXXIV.

otorga el primer lugar entre las artes poéticas; pero no se refiere ni una sola vez a la lírica¹. Modernamente se otorga al arte una preponderante importancia en sus aspectos líricos y sentimentales. Se busca la belleza más en la sensibilidad y en el corazón que en la inteligencia. No así los helenos; y esto nos explica por qué su arte y sus teorías estéticas conservan pleno encanto, a pesar de los siglos transcurridos, y se ofrecen a la contemplación todavía con rasgos juveniles e impercederos².

Belleza y bien

Hay en el artista una falta de sosiego que lo obliga a buscar lo bello impercedero y eterno. El valor estético no consiste en una simple imitación, sino en una imitación que, por más perfecta que la supongamos, siempre apunta más arriba, hacia lo que es esencialmente inmóvil, aquello que es óptimo y está en acto purísimo. "Lo que parece bello, afirma, es el objeto del apetito, y el primer objeto de la voluntad (apetito racional) es lo que es bello. Lo deseamos más bien porque nos parece bello, antes que nos parezca bello porque lo deseamos..."³. En la relación de causas y fines, supuesta también en la búsqueda de la belleza, no se puede hallar descanso sino en lo que es bello de por sí.

Lo malo, vicioso e incompleto sólo pueden ingresar en una creación artística como antítesis de sus contrarios, para prestarles mayor realce o para ser condenados y apartados de la práctica. Los sentimientos y caracteres sólo participan en la tragedia, por ejemplo, en cuanto son necesarios para el desarrollo de los hechos o por depender de ellos; es en los actos donde se aprecia si los hombres son o no felices y en ellos se nos aparecen también sus cualidades morales⁴. El arte, en caso de considerarse virtud, pertenece a las dianoéticas o intelectuales y debe reflejar, en lo posible, la máxima grandeza de la acción moral, en su inmovilidad ideal⁵.

¹ Véase sobre el particular Gomperz, *ob. cit.*, pág. 443.

² Benedetto Croce, en su ahistoricismo estético, parece captar en algunas ocasiones esta manera de ver lo bello: "Es intrínsecamente inconcebible que en la representación artística pueda afirmarse nunca lo mero particular, lo abstracto individual, lo finito en su limitación, y cuando parece que esto sucede, y esto sucede en cierto sentido algunas veces, la representación o no es artística o no está lograda artísticamente". *Breviario de Estética*, traducido del italiano por José Sánchez Roca, Buenos Aires, 1942, pág. 133.

³ *Metafísica*, XII, 7, 1072.

⁴ *Poética*, VI.

⁵ Para la distinción entre virtudes dianoéticas y éticas, véase *Ética Nicomaquea*, I, 13, 1102.

Belleza y religión

Tales consideraciones nos llevan a indagar lógicamente qué relaciones puedan existir entre lo estético y lo religioso. Dios, para Aristóteles, es el fin máximo, el más perfecto de los seres, el supremo ideal; por lo tanto, la belleza suprema, la máxima expresión del valor estético. En estas cimas metafísicas, ética, verdad y belleza se encuentran sustanciadas en un acto purísimo¹. El bien jerarquizado, equivalente a la virtud y a lo justo, en cuanto es una sustancia, se confunde con Dios². La belleza sería tanto mayor, cuanto más se acercara a este bien absoluto, a este ideal de los ideales.

El fin del arte es elevar y sostener la vida en una captación directa de la última esencia, por lo demás también íntima aspiración de las personas religiosas que pretenden, en lo místico y en la visión directa de la Divinidad, un confundirse con el Absoluto. El movimiento del espíritu es similar en ambos casos. El arte y la religión nos dan un sentido de dependencia: total en la segunda; parcial en la primera, que aspira a captar parte del todo, no al todo en su integridad³.

Lo estético, valor pedagógico

Los valores estéticos ejercen una función purificadora en el individuo. Κάθαρσις, la palabra usada por Aristóteles para indicar este efecto, significa limpieza, purificación. Puede entenderse en un doble sentido: como un instinto propio de la juventud que gasta en violentas emociones el exceso de fuerzas de que dispone; y, en segundo lugar, como una liberación característica de las personas avanzadas, descargo de excitaciones emotivas y no resueltas. Aristóteles indica, como uno de los primeros efectos de la tragedia, el despertar liberador del terror y de la piedad⁴. Son dos virtudes prácticas y morales, cuya

¹ "Aristóteles, afirma Jaeger, conserva como *depositum fidei* la incommovible certeza de que en la fe platónica de sus años juveniles debía esconderse un gran núcleo de verdad. La metafísica es el grandioso empeño de hacer accesible al entendimiento crítico esta realidad que trasciende los límites de la experiencia humana... La historia de su evolución intelectual demuestra cómo en el fondo de su metafísica existe ya el *credo ut intelligam*". *Aristóteles*, traducido al italiano por Guido Calogero, Florencia, 1924, pág. 516.

² *Ética Nicomaquea*, 1096 a, 24.

³ En el artículo *El hombre ante la Belleza*, publicado en *Sustancia*, Tucumán, Nos. 11-12, págs. 411-15, aspiro a comprobar las casi idénticas impresiones que producen en el individuo lo bello, lo ético, lo verdadero y lo religioso.

⁴ *Poética*, VI, 25: "La tragedia es la imitación de una acción de carácter elevado y completo, con cierta extensión, en un lenguaje embellecido de diversas bellezas, imitación

finalidad es realizar lo que Platón exigía de la poesía: que ésta no se convierta en fomento de pasiones, sino en un medio de liberación¹.

En el libro VIII de la *Política*, Aristóteles expone la κάθαρσις como un fenómeno que acompaña a aquella forma de música que denomina representativa de acciones y sentimientos orgiásticos, con una acción directa sobre las pasiones. La κάθαρσις musical es una liberación en la cual los hombres encuentran desahogo a sus pasiones e instintos y, por consiguiente, se sienten aliviados. El ideal, en su esplendor estético, no sólo absorbe la mente en función contemplativa, sino que también opera sobre la voluntad como liberador.

La liberación o purificación produce en el individuo placer. Este placer se basa en tres motivos: efecto agradable de la armonía y del ritmo, que deben existir en toda obra artística; complacencia al comprobar la imitación o mimesis perfecta, aspecto que se confunde con el placer del conocimiento intelectual, ya que depende en gran parte de un razonamiento, esto es, de la semejanza establecida entre imitación y objeto imitado. Pero este placer es algo más todavía; se solidifica en un noble contenido pasional, pues el terror nos aleja de lo vil y la piedad nos acerca a lo elevado. El placer que nos proporciona el arte no consiste solamente en la comprensión (συλλογισμός), sino también en la simpatía (συμπάθεια). No desciende, para convertirse en medio de corrupción, sino que asciende hasta transformarse en un bien del espíritu. Platón, en las *Leyes*², con ánimo menos rígido del que había expresado en la *República*, busca un placer innocuo que le permita en parte reconciliarse con la poesía. Aristóteles, que considera lo bello como un resplandor de lo bueno y verdadero y que atribuye al arte una misión esencialmente purificadora, otorga al artista una misión educativa dentro del estado. En esta forma lo estético se convierte en valor pedagógico.

Una estética de base metafísica

Lo bello se mueve dentro de una esfera metafísica, al igual que lo ético y lo verdadero. El ser es el fundamento de estos valores. Es

que se realiza por intermedio de personajes en acción... lo cual, mediante una serie de casos que suscitan piedad y terror, tienen por objeto operar la purgación propia de tales emociones".

¹ *República*, X, 606 a.

² *Leyes*, II, 667-68.

como el sustentáculo último, que da vuelta ante nosotros y según sea la relación en que lo contemplemos, no dejará de hacernos percibir su verdad, bondad y belleza.

No cabe, dentro de la filosofía aristotélica, ninguna de las apreciaciones subjetivas tan comunes en la actualidad entre los que se dedican a investigaciones sobre lo estético. Es precisamente el territorio del valor estético aquel en que es mayor la relatividad. Existe hoy una verdadera anarquía de opiniones. Muchos de los que se han dedicado a esta clase de investigaciones, alejados de las corrientes tradicionales, terminan por establecer un nuevo sistema más o menos subjetivo. Quizá gran parte de la confusión depende, aunque no sea éste el momento de dilucidar el tema, de no distinguir entre artistas y gozadores de arte, y de mezclar ciertas pasiones, en ocasiones de origen sensual, con las puras emociones del arte. Ya hemos visto cómo Aristóteles se remonta más allá de subjetividades y relatividades. Su filosofía es la filosofía del ser, y todos los demás conceptos circulan a su alrededor. No llegó a tratar directamente lo bello o los valores estéticos. Pero siempre que, por acaso, se refiere a ellos, brilla esta idea: el resplandor de la verdad, de lo ideal. Lo estético es el ideal intuído, que satisface nuestro entendimiento y aquieta las pasiones; es la realidad en su última esencia metafísica, intuída, en lo posible por el hombre. La obra de arte aspira a reflejar esta última realidad, lo más alejado posible de accidentes y circunstancias.

La última meta de la perfección, según los griegos, es la aristocrática unidad de *lo bello y lo bueno*, fundada en una concepción de conjunto acerca del hombre. "La educación no es posible, dice Jaeger, sin que se ofrezca al espíritu una imagen del hombre tal como debe ser. En ella la utilidad es indiferente o, por lo menos, no es esencial. Lo fundamental es *Καλόν*, es decir, la belleza, en el sentido normativo de la imagen, imagen anhelada, del ideal"¹. La belleza, según los griegos, especialmente Aristóteles, no es esencialmente fruitiva, sino que proporciona goce precisamente por la dignificación que impone al hombre. El intelectualismo aristotélico no puede admitir un concepto dulzarrón, sentimental y vacío. Es algo superior. Es virtud pedagógica, formativa del hombre, a quien enlaza con los más íntimos y sublimes aspectos del ser mismo.

¹ *Paideia*, versión española de Joaquín Xirau, México, 1946, pág. 19.